

## EL VESTIDO COMO SIMBOLO

por A. SAENZ, S.J. (Paraná)

HEMEROTECA  
CAMPUS

El tema del vestido es en nuestra época un tópico reductible al fenómeno de *la moda*. Sólo interesa qué es lo que hay que vestir para no llamar la atención..., o para llamarla, según el caso. A nadie se le ocurriría pensar que el vestido puede simbolizar realidades superiores<sup>1</sup>. En el ámbito de la Iglesia el tema del vestido es tratado casi exclusivamente desde la óptica de *la moral*, afirmándose que hay maneras deshonestas de vestir, especialmente entre las mujeres.

Sin embargo la relación del hombre con su vestido afecta a una napa mucho más profunda. Como bien lo señala Eric Peterson, en un ensayo tan breve como agudo, se trata de "una cuestión que, en el fondo, es *metafísica y teológica*"<sup>2</sup>. Ello se hace más perceptible especialmente cuando se plantea el tema de la *desnudez*, tema que, en sus últimas instancias, no puede eludir el ámbito metafísico y religioso. Es el mismo Peterson quien considera altamente sintomático el hecho de que todos los grupos que sostienen el nudismo lo hacen en base a una cosmovisión o una fundamentación religiosa que se opone conscientemente a la visión de la Iglesia, siendo así testigos involuntarios de la tesis de que la relación del hombre con el vestido no se agota en el campo de la moral sino que debe ahondarse hasta la napa metafísica<sup>3</sup>.

### I. El vestido en el Paraíso

Para irnos adentrando en la simbólica del vestido, nos es preciso remontarnos a los orígenes del hombre, tal cual lo relata el libro del Génesis. Allí advertimos algo así como tres etapas: primero Adán y Eva se encuentran al descubierto, sin vestidos precederos; luego adviene el pecado, al que va anejo el "conocimiento" del mal, y emergen la conciencia culpable de la desnudez; finalmente, Dios promete la rehabilitación mediante una futura victoria sobre la serpiente, al tiempo que hace a nuestros primeros padres sendas túnicas de pieles, cu-

<sup>1</sup> Algo de esto pueden haber intuido los hippies al expresar su sedicente negación de la sociedad consumista mediante el desaliño y exotismo de su vestimenta.

<sup>2</sup> E. Peterson, *Tratados Teológicos*, Cristiandad, Madrid, 1966, p. 221. No en vano Juan Pablo II ha tratado ampliamente estos temas explicando los primeros capítulos del Génesis, desde el punto de vista antropológico y teológico, en sus catequesis de los miércoles, a partir de fines de 1979 hasta mediados de 1980, según se puede ver en los números del Osservatore Romano correspondientes.

<sup>3</sup> Cf. *ibid.*

briendo así su descubierta desnudez. Analicemos cada uno de esos momentos.

1. En los días originales, la primera pareja humana se sentía en *armonía* con el mundo divino por la familiaridad que brota de la gracia, la cual en cierta manera revestía sus personas al modo de un vestido perfectamente uno con su cuerpo. La libertad interior, la parresía —coraje sereno— de la gracia, hacía posible que nuestros primeros padres mantuviesen un diálogo transparente con su Creador. Por otra parte, Dios había puesto en sus manos la naturaleza vegetal y el mundo de los animales, de modo que Adán cultivaba gozosamente el jardín del Paraíso al tiempo que a cada especie de animal le daba el “nombre” que mejor le correspondía. Siendo reyes y, en cierta manera, sacerdotes de la creación, Adán y Eva estaban revestidos de grandeza y de inocencia.

2. Interfiere ahora el Poder Maligno sugiriendo a nuestros primeros padres otra ordenación. Les inspira la posibilidad de un conocimiento del bien y del mal no nacido de la participación del conocimiento de Dios sino de la conquista prometeica, un conocimiento *gnóstico*, si vale la redundancia. En adelante, la familiaridad que les comunicaba la gracia no debía ser considerada como el fruto de una dádiva, sino como el botín de una conquista, no algo de hecho, un don, sino de jure, un derecho. Así llegarían a ser “como dioses”. Adán y Eva caducaron ante la sutil tentación. Sucedió entonces que el invisible vestido de la gracia que los penetraba desapareció. Y con él perdieron la serena parresía. Advirtiendo que Yavé se paseaba por el Edén al fresco del día *se escondieron* en medio de la arboleda del jardín (cf. Gen. 3,8). El pecado había comprometido la armonía de su mundo interior y exterior. “Abriéronse los ojos de ambos, y viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos ceñidores” (Gen. 3,7)<sup>4</sup>.

En adelante el cuerpo del hombre, y no solamente en cuanto sexo, quedó afeado por una horrenda mancha que lo hacía del todo indigno de comparecer ante la Presencia divina. El cinturón vegetal no bastó para cubrir su pecado: “Te he oído en el jardín, y temeroso porque estaba desnudo, me escondí” (Gen. 3,10). Fue entonces el mismo Señor quien se encargó de poner en relación la hasta entonces inédita conciencia de la desnudez con el pecado recién cometido: “¿Y quién te ha hecho saber que estabas desnudo? ¿Es que has comido del árbol del que te prohibí comer?” (Gen. 3,11).

Como se ve, si se intenta una reflexión teológica seria sobre la relación que media entre el hombre y su vestido, es imposible obviar el recurso al relato bíblico del pecado original. Peterson ofrece a este respecto un comentario luminoso. Lo característico de dicho relato, nos dice, consiste en que la conciencia de la desnudez se produce después

<sup>4</sup> Con frecuencia los Padres relacionaron la parresía con la carencia de vestido en el Paraíso. Cf. por ej. San Juan Crisóstomo, *Hom. in Gen.* 16,5: PG 53, 131; San Gregorio de Nyssa, *De virginitate*, 3: PG 46, 325 ss.

del pecado. Antes de la caída *no había vestidos*, es cierto; pero eso no era todavía *desnudez*. “La advertencia de la desnudez se produce en ese acto espiritual que la Sagrada Escritura llama ‘el abrir los ojos’. La desnudez, pues, es advertida; el estar desvestido, no más, pasó inadvertido”<sup>5</sup>. Tal advertencia, prosigue, sólo se pudo producir por haber sido precedida por una modificación en el ser de nuestros primeros padres, un cambio metafísico, y no sólo moral, que afectó al modo de ser del hombre. “Sólo en este supuesto es posible comprender que la modificación del modo de ser del hombre se percibiera también con los ojos del espíritu y se percibiera allí precisamente donde puede captarse cuanto acaece en la persona humana: en el cuerpo, en el cuerpo humano. Ahora bien, esto significa que Adán y Eva, después del pecado original, sintieron su cuerpo humano de modo diferente a como lo sentían antes, porque solamente así se les han ‘abierto los ojos’. Y entonces el cuerpo fue ya visible en su corporeidad total... fue ya visible en toda su ‘desnudez’”<sup>6</sup>.

Pero demos un paso más: si el texto sagrado habla de una *desnudez* percibida a partir de un *abrirse los ojos*, es porque se supone previamente un *desvestirse* de algo. Ello significa que previamente al pecado estaba *cubierto* lo que después se ha *descubierto*, estaba vestido lo que luego quedó despojado.

¿Qué era lo que cubría al hombre antes del pecado? Desde el comienzo, al ordenar el cosmos, Dios había asignado a cada especie su lugar, cubriendo la naturaleza de un esplendor tal que el universo aparecía como el Vestido de Dios (cf. Ps. 104,1-2; 147,8). Pero al hombre, rey de la creación (cf. Ps. 8,7), lo había vestido de manera peculiar, lo había cubierto con su gracia, dándole una participación especial en la vida divina. “Antes del pecado, el cuerpo era de otra manera para el hombre, porque el hombre era de otra manera para Dios”<sup>7</sup>. Antes del pecado el hombre estaba de tal manera frente a Dios que su cuerpo, aun ignorando todo revestimiento humano, no estaba propiamente *desnudo*. La gracia de Dios lo envolvía cual vestidura resplandeciente. No decimos esto, por cierto, entendiéndolo en sentido luterano, como si la gracia fuese algo meramente extrínseco, que no penetra al hombre ni lo transforma por adentro, sino en el sentido de que era un don, *agregado*, por así decir, a la naturaleza pura del hombre. Nuestros padres estaban vestidos con la gloria de Dios. “Pero el hombre perdió la gloria de Dios por el pecado, y su naturaleza muestra ahora un cuerpo privado de la vestidura divina: muestra la desnudez de la mera corporalidad, el despojo de la crasa funcionalidad: un cuerpo carente de nobleza, porque su última dignidad desapareció con la pérdida de la gloria divina”<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> E. Peterson, op. cit., p. 222. San Juan Crisóstomo destaca el carácter espiritual de esa toma de conciencia, en *Hom. in Gen.* 16,5: PG 53, 132.

<sup>6</sup> E. Peterson, op. cit., p. 222.

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> E. Peterson, op. cit., p. 223. La estupefacción de Eva es así descrita en la *Vida de Adán y de Eva* (obra del siglo I después de Cristo): “Entonces

En sus catequesis de los miércoles sobre los primeros capítulos del Génesis, el Papa Juan Pablo II ha insistido recientemente sobre el mismo tema: "La 'desnudez' no tiene sólo un significado literal, no se refiere solamente al cuerpo, no es origen de una vergüenza que hace referencia sólo al cuerpo. En realidad, a través de la 'desnudez', se manifiesta el hombre privado de la participación del don, el hombre alienado de ese amor que había sido la fuente del don originario, fuente de la plenitud del bien destinado a la creatura. Este hombre, según las fórmulas de la enseñanza teológica de la Iglesia, fue privado de los dones sobrenaturales y preternaturales, que formaban parte de su 'dote' antes del pecado; además, sufrió un daño en lo que pertenece a la misma naturaleza, a la humanidad en su plenitud originaria 'de la imagen de Dios'. La triple concupiscencia no corresponde a la plenitud de esa imagen, sino precisamente a los daños, a las deficiencias, a las limitaciones que aparecieron con el pecado"<sup>9</sup>.

En una palabra, el hombre ha quedado saqueado, despojado, ha perdido la gracia, incoación de la gloria, ha perdido los dones preternaturales, e incluso sus dones naturales han quedado maleados. "El cuerpo, como 'despojo' —leemos en Peterson—, se cubre con el vestido, porque el hombre, por la caída, ha sido 'despojado' de su ser"<sup>10</sup>. Y por primera vez el hombre experimenta el sentimiento de *vergüenza* el cual, como se ve, se ubica más que en el orden moral en el orden metafísico, es algo que se deriva de una suerte de pérdida de "ser". Es que nuestros primeros padres ya no poseen el signo que justifica a sus ojos la relación familiar con Dios: han perdido el sentido de su pertenencia y se sorprenden de su desnudez como ante un espejo que ya no refleja la imagen divina. No siendo ya sus cuerpos inocentes e inmortales, sienten vergüenza, y los recubren con un vestido, como quien tapa la corrupción o cubre un cadáver con un lienzo. Es precisamente citando el texto del Génesis: "Temeroso porque estaba desnudo, me escondí" (Gen. 3,10) que comenta Juan Pablo II: "Estas palabras ponen de relieve el carácter realmente metafísico de la vergüenza"<sup>11</sup>. Y en otro lugar: "Las palabras del Génesis... demuestran la primera experiencia de vergüenza del hombre en relación con su Creador: una vergüenza que también podría ser llamada 'cósmica'... si es posible descubrir por ella los rasgos de la situación total del hombre después del pecado original... A través de estas palabras, se descubre una cierta fractura constitutiva en el interior de la persona humana, como una ruptura de la originaria unidad espiritual y somática del hombre"<sup>12</sup>.

mis ojos se abrieron: yo estaba desnuda y privada de la *justicia* de la que había sido *revestida*. Lloré y dije a la serpiente: '¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué me has despojado de la gloria de la que estaba vestida?'. Y Adán dijo a Eva: 'Mujer maldita, ¿qué te he hecho, para que me *despojes* de la *gloria* de Dios?' (cap. 20).

<sup>9</sup> L'Osserv. Rom., ed. esp., 18 de mayo de 1980, p. 3.

<sup>10</sup> E. Peterson, op. cit., p. 223.

<sup>11</sup> L'Osserv. Rom., ed. esp., 29 de junio de 1980, p. 3.

<sup>12</sup> L'Osserv. Rom., ed. esp., 19 de junio de 1980, p. 3.

La idea de un vestido glorioso e invisible que cubría a nuestros primeros padres antes del pecado tiene que ver también con el concepto de la *gratuidad* de la gracia. Así como el vestido es algo que añade al hombre, así también tenían que ser *añadidas* a Adán la justicia y la incorruptibilidad, como gracias que trascienden su naturaleza. La pérdida de ese vestido transparente significa la degradación del hombre, su retorno a lo que la Sagrada Escritura llama *la carne*, es decir el hombre dejado en cierta manera a sus solas fuerzas. La "exterioridad" que implica el "vestido" simboliza la idea de que la gracia supone la naturaleza creada, y la pérdida del vestido, la posibilidad de que la naturaleza creada sea "despojada", sin que el hombre deje de ser tal. Al decir de Peterson, "la pérdida del vestido de la gloria divina pone de manifiesto, no ya una naturaleza humana 'desvestida', sino una naturaleza humana 'despojada', cuya 'desnudez' es visible en la 'vergüenza'"<sup>13</sup>. Así como el vestido presupone el cuerpo que lo lleva, la gracia presupone la naturaleza a la que rodea de resplandor. Al hombre le fue concedida la gracia en el Paraíso, al modo de un vestido invisible. "Cierto que el hombre fue creado por Dios sin vestido —prosigue Peterson—, es decir, tiene una naturaleza propia, distinta de la divina; pero ha sido creado desvestido para ser vestido con el manto sobrenatural de la gloria. Por el pecado ha sido 'despojado' el hombre, y ahora, con la pérdida del vestido de la gloria, no sólo ha perdido la vestidura sobrenatural, sino que ha llevado su naturaleza, creada por Dios sin vestido, a la 'desnudez' de su naturaleza 'despojada'"<sup>14</sup>. El propósito de Adán y Eva de cubrirse, tras su caída, con hojas de higuera, expresa la conciencia de que en su estado original estaban cubiertos por la gracia, como por un vestido, que ahora debían suplir.

3. El relato del Génesis añade un dato interesante para nuestro propósito y que constituye la tercera etapa a la que aludimos al principio: "Hízoles Yavé Dios al hombre y a su mujer *túnicas de pieles*, y los vistió" (Gen. 3,21). En torno a este gesto divino, se han esbozado dos interpretaciones. Según la primera de ellas, que ofrece un autor contemporáneo, se puede ver allí un adelanto del designio salvífico de Dios, que preanuncia en cierta manera la restauración del hombre mediante la obra redentora y su nuevo cubrimiento con la gloria de la filiación divina. En adelante, el vestido tendría así una doble significación: afirmar la dignidad del hombre caído juntamente con la posibilidad de revestir nuevamente la gloria de Dios que en el origen de su historia prefirió dejar de lado<sup>15</sup>.

La otra interpretación la debemos a San Gregorio de Nyssa. Según este admirable teólogo, las túnicas de piel simbolizan la comunión en la vida animal<sup>16</sup>. Si al comienzo nuestros primeros padres eran iconos

<sup>13</sup> E. Peterson, op. cit., p. 224.

<sup>14</sup> Ibid.

<sup>15</sup> Cf. E. Haulotte, *Symbolique du vêtement selon la Bible*, Aubier, Paris, 1966, p. 188.

<sup>16</sup> Tal simbología no nos debe extrañar demasiado ya que en todas las culturas el vestido sirve para designar los diversos estados espirituales

o imágenes de Dios, a partir del pecado pasaron a serlo del mundo animal. Porque el pecado, al segar la verticalidad del hombre, lo animaliza. Las túnicas de pieles eran túnicas “muertas”, “mortales”, mientras que el icono de Dios poseía la inmortalidad<sup>17</sup>. Sin embargo, observa el Niceno, por la misericordia de Dios, el revestimiento de las túnicas de piel fue para el hombre algo adventicio: “Dado que toda piel separada del animal está muerta, estoy persuadido de que esta condición mortal, hasta entonces reservada a la creatura privada de razón, fue en adelante aplicada a los hombres con un pensamiento de solicitud previsor de parte del médico... sin estar destinada a subsistir eternamente. En efecto, el vestido toca por fuera a las cosas a que se aplica, y es útil a nuestro cuerpo sin ser inherente a su naturaleza”<sup>18</sup>. Al tiempo que expone estas ideas, San Gregorio tiene en la mente —y adelantemos con esta alusión nuestro desarrollo— la futura túnica bautismal, que el neófito revestiría previo despojo de esta túnica animal, heredada de los primeros padres, túnica luminosa, túnica de incorrupción, aquella con la que el padre vestiría a su hijo pródigo, “su túnica, no otra túnica, sino la primera, de la cual había sido despojado después de la desobediencia”<sup>19</sup>. Las “túnicas de piel” designan pues el cuerpo animal, por oposición a las “túnicas luminosas” que designan el cuerpo espiritual, según el lenguaje paulino.

del hombre. Por ejemplo, los vestidos transparentes de algunas pinturas egipcias, que forman en torno al cuerpo una corola de luz divina, quieren decir que el hombre es allí concebido como una emanación sublime del sol; el traje de los asirios que, del calzado al sombrero, respira una voluntad viril, sólida, ordenada a la conquista, simboliza la concepción de un hombre que quiere dominar la naturaleza y la historia; los múltiples pliegues del vestuario greco-romano imitan las olas del agua que hacen morir y renacer el universo con sus alternancias; el vestido con adornos en forma de espiral usado por los sumerios figura quizás el carácter sacral del hombre, imitando los diversos pisos de un templo; el hábito de los judíos, que exhibe una cierta fuerza ascensional, expresa la adhesión al Dios trascendente y a su Alianza. Para todo esto cf. los extensos desarrollos de E. Haulotte, op. cit., pp. 73-106.

<sup>17</sup> Cf. San Gregorio de Nyssa, *De an. et res.*: PG 46, 148.

<sup>18</sup> San Gregorio de Nyssa, *De hom. opif.* 18: PG 44, 192. Y en otro lugar “Si siempre hubiésemos sido lo que fuimos en el origen, no habríamos tenido necesidad de la túnica de piel y la similitud divina brillaría en nosotros... Pero habiendo el hombre preferido el placer carnal a la vida espiritual, Dios, no queriendo llevarlo por la fuerza al bien, lo que hubiese sido destruir la libertad y por ende la misma imagen divina, recurrió a las túnicas de piel por las que el hombre participaba en las cualidades de la naturaleza irracional. Y así la túnica de piel, conservando todas las propiedades que tenía cuando envolvía la naturaleza sin razón... da a la voluntad el medio de elegir entre dos direcciones”: *De mortuis*: PG 46, 521.

<sup>19</sup> San Gregorio de Nyssa, *De orat. dom.* 2: PG 44, 1144.

## II. El vestido en Cristo

El tema del vestido —un verdadero “tema bíblico”— encuentra un desarrollo inesperado cuando se analiza la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

Si consideramos al *Cristo pre-pascual*, advertimos que, para llevar a su cumplimiento las profecías del Siervo doliente, quiso ser despojado de sus vestiduras en el curso de su Pasión: “Los soldados, una vez que hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y la túnica. La túnica era sin costura, tejida toda desde arriba” (Jo. 19,23). Ya antes había sido sometido a la parodia de una investidura real: “Los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, le vistieron un manto de púrpura y, acercándose a El, le decían: ¡Salve, rey de los judíos!” (Jo. 19,2-3). Y en la corte de Herodes fue vestido con el hábito propio de los locos: “Herodes, con su escolta, lo despreció, y por burla le vistió una vestidura blanca” (Lc. 23,11).

Este Cristo, que para nada está en comunión con aquella primera falta del Adán que había sido vestido con túnica de pieles, aun cuando descendía de él según la carne, fue manifestando a lo largo de su vida esa rara mezcla de gloria y de derelicción que caracteriza a sus misterios. Ya desde su nacimiento, en que se muestra la extremosa humildad de quien para redimir al Adán animalizado no vaciló en ser acunado en medio de animales, su gloria comienza a resplandecer. El cielo se ilumina por encima de la cuna, donde la Madre le había dado su primer vestido envolviéndolo en pañales, y los Magos le aportan los dones más preciados, el oro, el incienso y la mirra. La Navidad expresa pues, ya desde el comienzo, ese encuentro del abajamiento y de la glorificación que caracterizaría la entera vida de Cristo.

Pero es en la *Transfiguración* donde nos ofrece el signo más esplendoroso de su gloria, sin desvincularlo de su vocación a la cruz. El rostro de Cristo se llenó de gloria (cf. Lc. 9,32); su vestido se volvió blanco y resplandeciente, tomando así el fulgor de los hábitos sacerdotales y reales (cf. Lc. 9,29)<sup>20</sup>. En esta escena, los vestidos de Cristo no son solamente portadores de gloria; se hacen luz: “Sus vestidos se volvieron blancos como la luz” (Mt. 17,2), “sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como no los puede blanquear lavadero

<sup>20</sup> Si se observan las prescripciones del Exodo 28 y 29 así como del Levítico, se advierte que el sumo sacerdote estaba especialmente investido por Dios para consagrar el mundo; los ornamentos que revestía debían manifestar la Majestad del Dios que traía la salvación y el orden al mundo. El vestido litúrgico era el signo de la autoridad delegada por Dios al cuerpo sacerdotal para la sacralización del universo. Cf. sobre este tema E. Haulotte, op. cit., pp. 45-59. Y también Filón: “El manto [del sumo sacerdote] en su conjunto era tipo y reproducción del Cosmos. Y sus diferentes partes las diferentes partes del Universo”: *Vita Mos.* II, 12, 117. El Cristo glorioso conducirá finalmente a su Padre el Universo transformado por su sacrificio pascual.

alguno sobre la tierra" (Mc. 9,3); el esplendor de su blancura supera todo color terrestre posible; es el esplendor que se deriva de las realidades celestes y escatológicas. Esta irradiación fulgurante es comprendida enseguida por Pedro como la señal del *reposeo*: propone levantar tres tiendas (cf. Mc. 9,5). El vestido se identifica acá con la gloria divina, de la que es signo, revelando la Trascendencia de la Persona que lo lleva.

Jesús alude enseguida a su Pasión. Este cuerpo que resplandece y se viste con su propia luz interior, va a ser entregado, voluntariamente, a la Pasión. Porque la gloria irradiante con la que acaba de manifestarse es tan sólo un anticipo de aquella con la que resplandecerá su *cuerpo incorruptible* después de la gloriosa Resurrección.

En esta admirable escena Jesús adelanta en cierta manera su Misterio Pascual, misterio de anonadamiento y de triunfo. Habiendo asumido, desde el momento de su Encarnación, el despojo adamítico, cubriéndose en cierta manera con las túnicas de piel que habían cubierto a nuestros primeros padres al comenzar su destierro, comulgando con la humanidad en todo, menos en el pecado, va a ser despojado de ellas en la desnudez de la cruz, para cubrirse luego con el vestido de la gloria cuyo resplandor adelanta admirablemente el día de su Transfiguración. "Hoy día, sobre la montaña —escribe San Anastasio el Sinaíta—, aquel que se había revestido con esas miserables y tristes túnicas de pieles ha endosado el vestido divino, 'se ha revestido de luz como de un manto' (Ps. 104,2)"<sup>21</sup>.

Si lo consideramos a Jesús *después de la Pascua*, en la etapa sin fin de su Resurrección y Exaltación gloriosa, advertimos que aquello que se anunciaba como una figura transitoria en la Transfiguración se realiza de manera definitiva. El vestido del Señor ya no conoce más la aspereza de las túnicas de piel; ese vestido es puro "esplendor", como el hábito de los servidores de la Corte celestial que proclaman la Resurrección.

El Cristo glorioso del que nos habla el Apocalipsis está revestido de un manto sobre el cual se puede leer su nombre: "Rey de reyes y Señor de señores" (Ap. 19,16). Es el Caballero que monta un corcel blanco, sus ojos como llamas de fuego, viste un manto empapado en sangre, y tiene por nombre Verbo de Dios (cf. Ap. 19,11-13). Es el Guerrero que lucha contra los reyes aliados a la Bestia, abocados todos ellos a destruir su obra de salvación (cf. Ap. 19,19-21). Es el Pastor de los pueblos, el que dio la vida por sus ovejas, en especial por aquellos que lavarían sus túnicas y las blanquearían en su sangre de Cordero (cf. Ap. 1,5; 7,14; 22,14).

### III. El vestido en el Bautismo

Si todo el Antiguo Testamento, especialmente el relato del Génesis, encuentra su sentido plenario en la figura de Cristo, la vida sacramen-

tal de la Iglesia no hace sino continuar, reeditando en cada cristiano, los misterios de la vida de Cristo.

El primero de los sacramentos, el que marca para siempre el ser del cristiano, es el bautismo. Pues bien, el rito bautismal, tal cual se lo celebraba durante los primeros siglos, incluía dos momentos muy importantes que se correlacionan entre sí y que pasamos a exponer.

#### 1. El despojo de los vestidos

Una vez introducido en el bautisterio, el catecúmeno era despojado de sus vestiduras: "Ni bien entrados —dice San Cirilo de Jerusalén—, habéis dejado vuestra túnica"<sup>22</sup>. La desnudez era completa. Tal despojo representa para Cirilo la figura del "despojo del hombre viejo y de sus obras"<sup>23</sup>.

El hombre viejo, a la vez pecado y mortalidad, ha sido despojado primero por Cristo en la cruz. Si el bautismo es configuración con Cristo muerto y resucitado, el despojo de los vestidos significa a los ojos de San Cirilo una configuración sacramental, con la desnudez de Cristo sobre la cruz: "Una vez despojados, quedásteis desnudos, imitando también en esto a Cristo desnudo sobre la cruz, quien por su desnudez despojó los principados y potestades, y osadamente triunfó sobre ellos en la cruz"<sup>24</sup>. Por el despojo bautismal, participación en el despojo de Cristo, el catecúmeno despoja, también él, a los malos poderes del imperio que ejercían sobre su vida.

Este viejo vestido de corrupción y de pecado que el bautizado se quita, a imitación de Cristo crucificado, no es otro que aquel con el cual Adán había sido revestido después del primer pecado. Advertimos aquí un notable y triple paralelismo entre la escena del Paraíso, en que Adán, vencido por Satanás, quedó revestido de corruptibilidad; la del Calvario, donde Jesús, nuevo Adán, vencedor del demonio, fue despojado de su túnica corruptible; y, finalmente, en el bautismo, donde el catecúmeno, al desnudarse de sus viejos vestidos, significa su renuncia a la corruptibilidad que lo afectaba mientras se mantenía sujeto a Satanás.

En el mismo sentido, San Gregorio de Nyssa, tras recordar que la mortalidad de Adán estaba simbolizada por las túnicas de piel, escribe: "El alma se ha desvestido de la túnica de piel... se reviste de Jesús"<sup>25</sup>.

La desnudez bautismal no significa tan sólo despojo de la mortalidad, sino también retorno a la inocencia primitiva<sup>26</sup>. Al respecto

<sup>22</sup> *Cat. myst.* II,2: PG 33, 1077.

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> *Ibid.*, PG 33, 1077.

<sup>25</sup> *In cant. cantic.*, hom. 11: PG 44, 1005.

<sup>26</sup> Este simbolismo parece encontrarse también en algunos cultos misticos. En la liturgia de Mitra, por ejemplo, mientras más el alma avanza en su viaje celeste, más se despoja de las pasiones que la arrastraban en la tierra; cuando alcanza el octavo cielo, está desnuda, libre de todo lo que atraía a los sentidos.

<sup>21</sup> Hom. publicada en *Quest. Lit. Past.* 3 (1962) 226.

leemos en Cirilo: “¡Oh cosa admirable! Estábais desnudo a la vista de todos, y no experimentábais vergüenza. Es que en verdad llevábais en vosotros la imagen del primer hombre, Adán, quien estaba desnudo en el Paraíso, y no experimentaba vergüenza”<sup>27</sup>. La necesidad que Adán y Eva sintieron después del pecado de cubrirse con el sustituto vestido de hojas de higuera, atestigüa precisamente la pérdida de dicha inocencia y confianza: “La vergüenza y el temor siguieron al pecado —escribe San Gregorio de Nyssa—, tanto que Adán y Eva no se atrevían ya a estar ante Dios, sino que se cubrieron con hojas y se disimularon en el bosque”<sup>28</sup>.

Revélase así un nuevo simbolismo del despojo de las túnicas: la desaparición de la vergüenza y la recuperación de su opuesto, la parresía. A este respecto San Gregorio de Nyssa dirige al Señor estas palabras: “Tú nos has despojado de las hojas de higuera, esos vestidos sórdidos, y nos has revestido con ropas de honor... En adelante, Adán, cuando lo llames, no tendrá ya vergüenza, ni, bajo los reproches de su conciencia, se esconderá más entre los árboles del Paraíso. Habiendo recordado la parresía, aparece al aire libre”<sup>29</sup>.

Un texto del teólogo griego Cabasilas es comprensivo de nuestro tema: “Al despojarnos con presteza y arrojar de nosotros hasta la más interior vestidura, damos a entender que orientamos nuestro pie por el camino que conduce al Paraíso y a la Vida que en él se vive... Adán, despojado de aquel vestido de inocencia y reducido a desnudez, cubrió ésta con miserables harapos. Nosotros, despojándonos de su vestido y quedando en desnudez, demostramos, caminando de esta suerte, desandar su camino en busca de la regia vestidura. Por la misma senda por donde él bajó a este mundo de pecado, ascendemos nosotros al Paraíso. Este despojarnos de nuestros vestidos significa también nuestro puro caminar a la luz verdadera, sin llevar con nosotros nada que nos arroje en sombras de muerte e impida al cielo irradiar sus rayos sobre nuestras almas. El vestido es el obstáculo que intercepta a nuestro cuerpo la luz solar”<sup>30</sup>.

## 2. El revestimiento de la túnica blanca

Tras el rito bautismal propiamente dicho, quedaba una última ceremonia, la que ahora nos ocupa. “Has recibido los vestidos blancos —dice San Ambrosio al recién bautizado—, como señal de que te has despojado de la envoltura del pecado y te has puesto los vestidos puros de la inocencia”<sup>31</sup>.

Los vestidos blancos figuran al mismo tiempo la pureza del alma y la incorruptibilidad del cuerpo. Las expresiones “vestido de incorruptibilidad” o “vestido luminoso” eran antiguamente denominaciones

técnicas para designar el bautismo. Refiriéndose a este rito dice San Cirilo de Jerusalén: “Ahora que te has despojado los viejos vestidos, y has revestido los vestidos blancos, espiritualmente debes permanecer siempre vestido de blanco. No queremos decir que te sea necesario llevar siempre sobre ti vestidos blancos, pero es menester que estés revestido de la verdadera blancura y esplendor espiritual, para que digas con el bienaventurado Isaías: ‘Regocíjese mi alma en el Señor, porque me ha revestido con el vestido de la salud, y me ha envuelto en la túnica de la alegría’ (Is. 61,10)”<sup>32</sup>. El recién bautizado participa en la gloria de Cristo transfigurado, cuyos vestidos eran blancos como la luz (cf. Mt. 17,2). San Gregorio de Nyssa muestra al bautizado llevando sobre sí “la túnica del Señor, brillante como el sol, la túnica que lo revestía de pureza y de incorruptibilidad cuando subió sobre la montaña de la Transfiguración”<sup>33</sup>.

Otra serie de textos patrísticos ve en las túnicas blancas una imagen de la restauración de la integridad primitiva, en la que había sido creado el primer Adán, un símbolo de la recuperación del vestido de luz que era el del hombre antes de la caída. El catecúmeno es el hijo pródigo que retorna a la casa del Padre. La idea subyacente es que Adán, antes de ser revestido de la túnica de piel, había sido despojado de otro vestido, porque se encontró desnudo. Al verse despojado se dio cuenta de que estaba desnudo: la gracia sobrenatural, según ya dijimos, cubría a nuestro primer padre al modo de un vestido. “Como si Adán viviese aún en cada uno de nosotros —enseña San Gregorio de Nyssa—, vemos nuestra naturaleza envuelta con las túnicas de piel y las hojas caducas de esta vida terrestre, que una vez despojados de nuestros vestidos de luz nos hemos cosido a nosotros mismos, habiendo revestido las vanidades, los honores, las breves satisfacciones de la carne en lugar de nuestros vestidos divinos”<sup>34</sup>. Y en otro lugar: “La envidia del demonio nos ha separado del árbol de la vida y nos ha despojado de los vestidos sacros para revestirnos de las hojas de higuera ignominiosas”<sup>35</sup>. La pérdida del vestido de gloria significó para Adán una suerte de desacralización, de reducción al estado profano. El revestimiento de la túnica bautismal, previa deposición del vestido pecaminoso, es una nueva manera de designar el retorno al Paraíso, en cuanto mundo sacral<sup>36</sup>.

Los vestidos blancos tienen asimismo una significación escatoló-

<sup>32</sup> *Cat. myst.* IV,9: PG 33, 1104 B.

<sup>33</sup> *In cant. cantic.*, hom. 11: PG 44, 1005.

<sup>34</sup> *De orat. dom.* 5: PG 44, 1184.

<sup>35</sup> *De vita Moysis*: PG 44, 409.

<sup>36</sup> Notemos que en la Escritura es precisamente el blanco el color de los vestidos sagrados. Los sacerdotes del Antiguo Testamento llevaban vestidos de lino blanco (c. Ex. 39,24). El Apocalipsis nos describe a los 84 ancianos vestidos de blanco (cf. Ap. 4,4). Los vestidos blancos de Cristo en la Transfiguración recuerdan el hábito blanco del sumo sacerdote el día de la fiesta de la Expiación. El color blanco del vestido de los neófitos podría aludir también a este tema.

<sup>27</sup> *Cat. myst.* II,2: PG 33, 1080.

<sup>28</sup> *De virginitate* 12: PG 46, 373-376.

<sup>29</sup> *In baptismum Christi*: PG 46, 600.

<sup>30</sup> *De vita in Christo* 2: PG 150, 528-529.

<sup>31</sup> *De Myst.* 34: SC 25 (bis) p. 174.

gica. En el momento de su imposición, según los textos de diversas liturgias, se usaba una fórmula semejante a ésta: "Recibe esta veste blanca y llévala inmaculada ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo, para alcanzar la vida eterna". Y el Catecismo Romano comenta: "Con esta imagen se indica, según la doctrina de los Santos Padres, tanto la gloria de la resurrección a la que hemos nacido por el bautismo, como el brillo y la belleza con que es adornada el alma en el bautismo al extinguirse las manchas del pecado; y, además, la inocencia e incolumidad que ha de guardar el bautizado durante toda la vida"<sup>37</sup>. En un sentido análogo, los vestidos blancos designan la gloria con que se cubren los mártires después de su heroica muerte. Así el Apocalipsis nos muestra a los que por el martirio han triunfado del demonio, vestidos de blanco (cf. 3,5.18). Y en la visión que se relata en la "Pasión" de Santa Perpetua los mártires que la han precedido en el Paraíso aparecen con ropaje blanco<sup>38</sup>. La relación con las túnicas bautismales parece imponerse. Al fin y al cabo el mundo escatológico no es sino la floración del mundo sacramental.

La gracia del bautismo confiere al hombre un nuevo origen, configurándolo con Jesús, el nuevo Adán. Saliendo de su desnudez pecaminosa, el catecúmeno *reviste a Cristo*. La expresión aparece en San Pablo: "Cuanto en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo" (Gal. 3,27); "Revestid al Señor Jesucristo!" (Rom. 13,14). El verbo "revestir" tiene en la cultura griega el sentido de "entrar en", "sumergirse en". Del sentido propio de "revestir una armadura" se pasa al sentido metafórico: "ser invadido por una pasión" que inviste al alma, la penetra y la transforma.

En nuestro caso se trata de una transformación ontológica operada por el bautismo: "vestirse de Cristo" o "revestir a Cristo" es pasar a ser "hombre nuevo" (cf. Col. 3,10; Ef. 4,24). Revestir a Cristo es entrar en Cristo, injertarse en Cristo, en la corriente de su vida divina, entrar en el cuerpo de Cristo. Es lo que expresa Santo Tomás cuando dice: "Caput et membra, quasi una persona mystica"<sup>39</sup>, lo que se significa en la comparación esponsalicia según la cual el Esposo-Cristo y la esposa-el fiel, se hacen una carne.

Despojo y revestimiento: tales los dos ritos del bautismo que se refieren de manera peculiar a nuestra teología del vestido. "El que se pone el vestido bautismal —leemos en Peterson— abandona el vestido que llevó después de la caída: el vestido de hojas de la higuera estéril<sup>40</sup>, las vestiduras hechas de pellejos de animales muertos, que simboliza nuestra mortalidad...; todas esas 'sucias'<sup>41</sup> envolturas nos las quitamos de encima cuando corremos al bautismo. Despojados y desnudos, como corresponde a la naturaleza caída que 'nace desnuda y muere

<sup>37</sup> *Catecismo Romano* II, segunda parte, cap. 74.

<sup>38</sup> Cf. *Passio Perp.* IV: Act. Mart. ed. B.A.C., Madrid, 1968, p. 424.

<sup>39</sup> *S. Th.* III, q.48, a.1.

<sup>40</sup> Cristo, vid que lleva fruto, es la contraposición de la higuera estéril.

<sup>41</sup> Cf. San Justino, *Dial.* 116: PG 6, 508; cf. Pseud. Clem., *Hom.* VIII,

desnuda'<sup>42</sup>, corremos a la fuente bautismal para recibir, después de la muerte 'mística' en el bautismo, el blanco vestido bautismal, la 'resplandeciente' vestidura de la gloria, inocencia e inmortalidad"<sup>43</sup>.

#### IV. El vestido del peregrino

El bautismo —y el consiguiente "revestimiento de Cristo"— exige la renuncia a los atractivos pecaminosos de la carne; si "nuestro viejo hombre ha sido crucificado" (Rom. 6,6) es porque ha sido reemplazado por otro principio, por otra cabeza, el nuevo Adán. Cuando Pablo dice en Rom. 13,14: "Revestid al Señor Jesucristo", podría proseguir antitéticamente: "Arrojad el hombre viejo, que ha sido crucificado".

La veste blanca del bautismo implica de por sí el despojo definitivo de toda vinculación con Satanás y la definitiva revestición de Jesucristo. Pero la experiencia nos enseña que con frecuencia no somos fieles al compromiso bautismal; ese vestido se puede manchar una y otra vez a lo largo de la vida. La exhortación paulina de Rom. 13,14: "revestid al Señor Jesucristo" se encuentra en un contexto de guerra santa: los bautizados deben "revestir las armas de la luz", no seguir la carne para satisfacer sus concupiscencias" (vv. 12.14). Estas imágenes tienen un contenido teológico preciso, que ya había sido desarrollado por el Apóstol en el cap. VI de la misma Epístola, donde el tema del combate es tratado con expresiones semejantes: "Que no reine pues el pecado en vuestro cuerpo mortal, obedeciendo a sus concupiscencias; ni deis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado... sino a Dios como instrumentos de justicia (vv. 12.13). El bautizado ha sido injertado en Cristo (ib. v. 5), imitando sacramentalmente la muerte física del Señor y emergiendo con El en la imitación de su resurrección, para que así como Cristo resucitó, así también él viva una vida nueva (cf. ib. v. 4).

Sin embargo, el hombre viejo sigue pugnando en nosotros y en cierta manera conviviendo con el nuevo. La guerra santa no termina el día del bautismo. Por eso los bautizados son exhortados a no cesar de revestir activamente y siempre de nuevo a Jesucristo. El principio de vida que inyecta el bautismo no obra concretamente sino con la cooperación del cristiano. Hay lobos que tratan de manchar la pureza de los que han revestido a Cristo; hay potencias que en él y alrededor de él se esfuerzan por arruinar la obra de Dios. El vestido bautismal puede "mancharse" y hacerse sórdido (cf. Ap. 3,4; 22,11). Ciertamente, si la Iglesia es considerada en bloque, como el conjunto de los que han "revestido a Cristo", no puede desfallecer en su totalidad, pero sus miembros, tomados individualmente, o las Iglesias particulares, pueden manchar su vestido nuevo (cf. Ap. 3,4; 14,4), pueden "prostituirse"

<sup>42</sup> Máximo de Turín relaciona las palabras de Job con la desnudez en el bautismo; cf. sermo 48,3: CCL 23, 188.

<sup>43</sup> E. Peterson, op. cit., p. 226.



(cf. Ap. 2,14.21), recayendo en su desnudez original y vergonzosa (cf. Ap. 3,18).

“Bienaventurado el que guarda sus vestidos para no andar desnudo”, se lee en el Apocalipsis (16,15). El revestimiento de Cristo, un hecho casi metafísico, debe transformarse en un revestimiento moral: “como elegidos de Dios, santos y amados, *revestíos* de entrañas de misericordia, bondad, humildad...” (Col. 3,12). A lo largo de toda su vida el cristiano tiene que proseguir su guerra santa si quiere custodiar la pureza de su vestido. Cristo lo provee para ello de una armadura completa, que comprende la coraza de la justicia, el escudo de la fe, el yelmo de la salvación y la espada del espíritu (cf. Ef. 6,14-17).

Mientras estamos “in statu viatoris” el vestido concreto que llevamos no es aún un vestido de gloria. El vestido que lleva el hombre caído es un vestido que expresa la situación de la naturaleza caída. “Es un vestido —explica Peterson— confeccionado con hojas de aquella higuera, estéril y de hojas secas<sup>44</sup>, a que recurrió el Hijo de Dios cuando sintió hambre. Es un vestido penitencial, hecho de pellejos de animales muertos<sup>45</sup>, para enseñarnos a nosotros, los que en nuestro cuerpo estamos entre la vida y la muerte, que tenemos que pagar la pérdida del vestido del Paraíso con el castigo de la muerte. Es un vestido sin resplandor, que busca alcanzar el resplandor de la vestidura de la gloria por medio de los vestidos coloridos de la vanidad<sup>46</sup>. Un vestido que, ciertamente, puede cubrir y tapar el cuerpo, pero que, por no poder cubrir *metafísicamente* la vergüenza, el despojo y la desnudez de la naturaleza caída, destapa lo que cubre y desviste lo que viste; de modo que la vestidura terrena se convierte en instrumento de la concupiscencia y de la seducción. Es un vestido ‘burgués’, capaz de expresar honradez, pero no inocencia; rectitud, pero no justicia. Es un vestido que puede llevar luto por la muerte y cubrir lo corruptible, pero que, al cabo, como ‘vestido de muertos’ que es, pone de manifiesto solamente la desnudez y la corruptibilidad de nuestra naturaleza caída<sup>47</sup>. En suma, el vestido que lleva el hombre caído es un recuerdo del vestido perdido que llevó en el Paraíso<sup>48</sup>. Es tan vivo su recuerdo, que recibimos bien dispuestos cualquier cambio y renovación del vestido, que traiga la moda, porque nos promete un nuevo apoyo para la inteligencia de nosotros mismos. Todo cambio y renovación del vestido despierta la esperanza en la pérdida vestidura, que es la única que puede interpretar nuestro ser y hacer visible nuestra ‘dignidad’ ”<sup>49</sup>.

El vestido cotidiano, manchado por el pecado, puede acabar por

<sup>44</sup> Cf. San Juan Damasceno, *Hom. in ficum arefac.*: PG 96, 581.

<sup>45</sup> Por ello se vistió Juan Bautista con un vestido penitencial de pieles.

<sup>46</sup> Por eso el asceta no viste de color.

<sup>47</sup> Lo mismo vale del vestido del muerto: ser enterrado desnudo es algo deshonoroso.

<sup>48</sup> Cf. San Juan Crisóstomo, *Hom. in Gen.* 18: PG 53, 150.

<sup>49</sup> E. Peterson, *op. cit.*, p. 225.

convertirse en un sucedáneo de la veste bautismal. Pero en el día del Último Juicio pedirá Dios cuenta de la calidad del vestido y discernirá según ella sea. Viene aquí al caso aludir a la enseñanza de Jesús que se encierra en la *parábola de los invitados a la boda*, según se narra en Mt. 22,1-14. Cuando la sala de fiesta estuvo colmada “entró el rey... y vio allí a un hombre que no llevaba traje de boda, y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda? El enmudeció. Entonces el rey dijo a sus ministros: Atadle de pies y manos y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes” (vv. 11-13). ¿Qué significa “el vestido de boda” en la perspectiva de la parábola? El conjunto del relato nos parece depender del episodio terminal, que se sitúa al fin de los tiempos. ¿Pero se trata del “fin de los tiempos” mesiánicos, inaugurados por la venida de Jesús, y del tiempo de la Iglesia histórica, o, más propiamente, del fin del tiempo y de la historia, marcado por el acto último de la reunión de los buenos en la casa de Dios y la expulsión de los malos que se realiza en el momento de las Bodas escatológicas del Hijo?

Se podría responder que se refiere a ambos momentos. Las Bodas han quedado inauguradas por la venida del Mesías con quien comienzan “los últimos tiempos”. Esas Bodas se prolongan en el tiempo de la Iglesia, por lo que es lícito relacionar “el vestido de boda” de la parábola con las imágenes diversas por las que el Nuevo Testamento ilumina el *induere Christum*, y que suponen de hecho la inserción en la Iglesia, así como con el tema del vestido bautismal y de la gracia que simboliza. Sin embargo el momento definitivo se consumará en el más allá de la historia, cuando todos hayan pasado el umbral, la Sala esté colmada, y venga el Rey para el Juicio.

Se trataría, pues, de un único vestido de boda; inaugurado en el bautismo, que debe permanecer limpio a lo largo de la vida (o debe ser purificado en caso de posibles manchas), y que resplandecerá para siempre en la gloria del cielo. La parábola subraya la necesidad de que haya coherencia entre la acción y el conocimiento, entre la vida y la fe: no se puede entrar en la Fiesta sin prepararse para ello con el vestido debido, no se puede gozar de ella si el interior no es conforme al exterior. En caso de incoherencia obstinada, en el día del Juicio el invitado perverso será arrojado a las tinieblas exteriores.

## V. El vestido de la gloria

La Sagrada Escritura describe a los bienaventurados del cielo como revestidos de gloria. Ese vestido celeste, si bien profundamente renovado en relación con los vestidos anteriores, es sin embargo de la misma naturaleza que aquel con que el Señor resucitado ha provisto a los que hizo participantes de su gloria divina por el Bautismo y la Eucaristía. Al fin y al cabo ¿qué es la gloria sino la gracia que florece en eternidad? Los que triunfan, tras el costoso despojo del “hombre viejo”, mantenido hasta el fin, serán quienes “lavan sus túnicas y las blan-



quean en la sangre del Cordero" (Ap. 7,14; cf. 22,14). Los hábitos blancos son, para el Apocalipsis, los vestidos propios de los santos.

A lo largo de su vida, el alma-esposa, revestida desde el comienzo con la túnica blanca del bautismo, se ha ido preparando para las Bodas finales, y "fuele otorgado vestirse de lino brillante, puro, pues el lino son las obras justas de los santos" (Ap. 19,8). No en vano San Juan ve a la Iglesia victoriosa —¿y acaso cada cristiano no es una micro-iglesia?— vestida de blanco, "ataviada como una esposa que se engalana para su esposo" (Ap. 21,2), adelantándose decididamente hacia su Esposo celeste.

Lo que el bautismo adelantara "en signo", queda ahora completo "en plenitud", en la plenitud escatológica. "Quos fecisti baptismo regenerari facias beata immortalitate vestiri", se lee en el Sacramentario Gelasiano. Y según la enseñanza del Catecismo Romano, el vestido bautismal "significa la gloria de la resurrección".

En este paso del "vestido bautismal" al "vestido de gloria" ocupa la muerte un lugar decisivo. El misterio del bautismo, que es un misterio de muerte, de asimilación a la muerte de Cristo (cf. Rom. 6,3s.), se completa en la muerte física. Fue menester participar por el bautismo en la muerte de Jesús, injertarse en la muerte de quien llevó la vestidura del hombre caído<sup>50</sup>, por el hecho de haber asumido nuestra débil carne. Por el bautismo hemos participado en el desnudamiento de quien fue "despojado" para ser azotado, de aquel a quien arrancaron sus vestidos para echar suerte sobre ellos, de quien fue clavado desnudo en la cruz, desnudo bajó a los infiernos, para luego volver a vestir ese cuerpo, pero ahora cubierto de gloria, el cuerpo glorioso de la resurrección. Como bien anota Peterson: "En el 'desvestirse' por la muerte, en el quedar desnudo para el Juicio, en el despojarse para el morir, se cumple el abandono de las vestiduras, iniciado en el bautismo. Pero en el vestirse con el cuerpo de la resurrección, con la vestidura que no se pudre, se cumple también visiblemente lo que ya se nos dio con la blanca veste bautismal"<sup>51</sup>.

Cerramos este ensayo recurriendo una vez más a un sabroso texto de Peterson: "Si el hombre fue rebajado por debajo de los ángeles a causa de la caída y, en vez de un vestido de gloria, hubo de vestirse con hojas y pellejos, el hombre salvado y resucitado en cuerpo con Cristo será elevado sobre los ángeles. Su vestidura será más gloriosa que la de los ángeles y su vestido más radiante que el que llevó Adán en el Paraíso; porque el vestido que nos fue dado en el bautismo y que en la resurrección es sacado de las arcas del Cielo (cf. 2 Cor. 5,2), es un vestido que, como dice San Basilio, 'ha extinguido la muerte en la carne: lo mortal fue absorbido en la vestidura de la inmortalidad'<sup>52</sup>.

<sup>50</sup> San Agustín consideraba la naturaleza humana como un vestido: cf. *De diversis quaestionibus* 83, quaestio 73: PL 40, 84 s.

<sup>51</sup> Op. cit., p. 226.

<sup>52</sup> Basilio se refiere a 1 Cor. 15,55. *Epist. ad Paladium*, Epist. Collec. Class., III, cp. 292: PG 32, 1033.

Esa vestidura ya no será perdida nunca, pues no es la gloria que cubrió la 'desvestida' naturaleza del Primer Adán, sino la gloria del Segundo Adán que ha asumido en su persona divina la 'despojada' naturaleza humana y ha absorbido lo mortal en la vestidura de la inmortalidad"<sup>53</sup>.

<sup>53</sup> E. Peterson, op. cit., p. 227.